

LA RENUNCIA

*«He renunciado a ti. No era posible.
Fueron vapores de la fantasía;
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible
una proximidad de lejanía.»*

ANDRÉS ELOY BLANCO

TITO Turner se echo a reír cuando le dije que guardaba mi pasado en dos cajones. Me dijo: «Qué pasado tan falto de materia. El mío se desborda, ya no cabe en un baúl, dos archivadoras y varias maletas. El pasado es un caramelo, amigo mío, puedes pasarle la lengua de vez en cuando y volver a saborear las cosas ricas que te sucedieron. También es una mina. Si un día te encuentras seco, nada más tienes que escarbar por entre los viejos papeles...».

Me impresionó Tito. Por eso excavo en esta especie de cementerio, sin saber a ciencia cierta qué es lo que voy a exhumar. Ni siquiera puedo decir que busco un tema.

Son dos cajones grandes llenos de papeles amarillentos; colecciones de jabones y fosforitos de hoteles que quizá ya no existen; llaveros y llaves de puertas olvidadas; facturas y recibos de transacciones fantasmas; postales de un mundo irrepetible y tarjetas de presentación de personas desaparecidas. ¿Para qué guardo esas cosas? Ni yo mismo lo sé. Me muero y estoy seguro que mi mujer respetará lo que con tanto celo conservé; pero, a su edad, ni la curiosidad, pulga que el tiempo enseña a no picar, la movería a revisarlos. Después, se irá ella también. Los cajones nos sobrevivirían sin justificación alguna. Si los hijos voltean los benditos cajones será únicamente buscando algo de valor antes de vender los muebles. ¡Qué chasco! «¿Para qué guardaría el viejo tanto checheritos?», se preguntarían un poco decepcionados. Finalmente, el pasado, mi glorioso

pasado contenido de los cajones, iría de cabeza a un fuego purificador; o los meterían en dos bolsas de plástico negro y los mandarían a rellenar la hondonada de cerro Patacón o cualquier otro basurero.

Tal vez entre los papeles encuentre un tema. Si aparece, será bien recibido, si no, de todas maneras ahorraré trabajo a mis herederos porque haré limpieza. Irónicamente, ahora que se me acaba el tiempo, tengo tiempo de sobra para revisar el pasado y desaparecer lo que no se fugó con las hojas del almanaque.

¡Uf, cuántos recuerdos que no recuerdo!

Poemitas...

Amanece...

Un pescador se enreda
en su fisonomía de redes.

Busca un beso en las paredes,
mientras el mar, sentado, espera.

Amanece...

¿Quién no comienza escribiendo poesía? Como si fuera lo más fácil. ¡A volar papelitos! Espera, espera, voy a guardar éste:

Paradoja en el mar: la vela regresa diciendo adiós...

¡A la canasta con los otros! ¡Por Neptuno! (imagino que así debe jurar un buen marino), las cursilerías que se me ocurrían cuando me creía un poeta! Aunque... hay algunos, como éste otro, que también le voy a retrasar su destino final...

Por los labios de las olas,
con su voz imperceptible,
el mar canta y enamora
a los barcos insensibles...
(pasión imaginaria
de mis vagos pensamientos
que juegan con el viento)

Veamos qué hay en esta carpeta color guineo. Ah, un diario. De 1960, nada más y nada menos. Desde allá hasta acá se ha trazado en la cuadrícula de mi vida una gráfica irregular de treinta y tres años de largo. Me acuerdo de ese mil novecientos sesenta. ¡Cómo no! Ese año lo pasé casi todo embarcado en el «Yaracuy». Recuerdo que en ese tiempo me escribía cartas a mí mismo. Las ponía en un puerto, para recibirlas en el siguiente. Era un desahogo epistolar con el que me divertía describiendo mis diferentes estados de ánimos, e intentaba frívolos análisis a las mujeres que conocía para decidir las tácticas que me conducirían hasta sus camas. Tan hablantín era en ese tiempo que, cuando no tenía con quién, conmigo mismo conversaba. Con razón comienzo el diario con esta acotación tan extravagante, encerrada en un cuadrito:

«Para ser leído por mí mismo cuando me sienta viejo,
sea libre y tenga tiempo de sobra».

Aunque cumplí los sesenta, no me siento viejo; por otro lado, hace poco comprendí que la libertad es un fugaz estado de ánimo; y, por último, hace rato que no me sobra el tiempo. Sin embargo, nada me impide gurguciar en mi propio diario. Veamos...

Escribo versos por culpa de Anita, la de calle «I» que me fascinó tocando La Bacarolla en su violín y que después del primer beso me dijo que yo era un poeta. Me alegro de haberla conocido antes de irme a Venezuela y embarcarme en el «Yaracuy». Es bueno tener quien lo espere a uno. Que lleve este diario, tendríamos que achacárselo a Joseph Conrad, a Jack London y a Malcolm Lowry, que me han llenado la cabeza con sus aventuras de mar, y ahora creo vivir constantemente en una...

Quizá no encuentre nada original en estas páginas, pero no le voy a quitar al muchacho que estaba tratando —y me parece que lo logró— de comunicarse con su futuro.

Sigamos. El 6/4/60, empieza con lo que parece una declaración de personalidad.

Soy lo que se llama un romántico, un tipo sentimental. No pienso cambiar. La gente práctica suele criticar esta manera de ser. Marcelino es uno de ellos. Es raro que seamos tan grandes amigos si vemos la vida desde puntos de vista tan diferentes. Marcelino pertenece a esa muchedumbre que asegura, con enfermiza contumacia, que el tiempo que nos ha tocado vivir es muy duro para dejarse ablandar por una puesta de sol. Hay que ponerse en onda con el mundo, dice, se debe prestar más atención a los gruñidos del estómago que a las canciones del corazón.

Hummmm... Veamos otro día...

22/6/60.— A bordo del «Yaracuy» las discusiones entre Marcelino y yo se han convertido en una especie de show. Son emotivas y vehementes, pero siempre lúcidas, y nunca, nunca, ofensivas o insolentes. Algunas veces pienso que son un despilfarro de palabras y pensamientos, pero hay que aceptar que también son un relleno substancioso para las horas tan lentas que pasamos navegando en esta inmensa olla que es el Golfo de México.

Desde que Marcelino y yo nos encontramos en este barco, se animaron las sobremesas. Todos hablan, hasta el primer piloto, el señor Anker Krag, un danés caballero y reflexivo que hasta entonces había sido muy introvertido, mete su cuchara de vez en cuando. El capitán Ascicio Morelia escucha divertido, rara vez interviene, él es un filósofo. Pero el día que declaré que me gustaban más los Veinte Poemas de Amor que el Canto a Stalingrado, me dijo que iba camino al egoísmo si perdía de vista que hay más poesía en la fraternidad entre los hombres, que en el amor de una pareja. Los demás rieron —risa inexplicable porque, aparte del capitán y Marcelino, ninguno ha leído los tales libros—. Marcelino aprovechó para imitar la voz de Berta Singerman para decla-

mar: «Me gustas cuando callas porque estás como ausente...» A mí, lo único que se me ocurrió fue decirle que me gustaría verlo a él y al capitán enamorar a una mujer con algo como «Yo he de ver zarpar muertos en ataúdes a vela...»; y los demás volvieron a reír.

Advierto que no soy un fanático. Hasta acepto que esta sensibilidad con que estoy dotado me ha causado en algunas ocasiones más de un dolor de cabeza. Con todo, me parece grandioso poder dar un toque espiritual a los asuntos materiales de la vida. No puedo aceptar que una existencia quede resumida entre una fecha de nacimiento y una nota de defunción, y en el medio: comida, semen, sudor, caca y una obsesión casi mística por engrosar una cuenta bancaria. Eso por un extremo, por el otro, no creo que una entrega a la rebelión de las masas sea más sublime que entregarse al amor de una mujer. El individuo es importante, su personalidad, su libertad, su poesía interior. Allá ellos si se niegan el placer de imaginar que la luna es una dama majestuosa y coqueta a la que el rutilante Aldebarán, su paje favorito, sopla hechizos y hace guiños atrevidos.

Desdichados los que no sueñan. Yo hasta despierto lo hago.

Hoy me parece que ambas cosas: el sentimiento poético de la vida y luchar por la utópica revolución que ofrece un mundo que jamás veremos, es una cachimba de opio de la que solemos aspirar cuando no hemos cumplido los treinta años. Casi no me identifico con el muchacho, excepto en que todavía soy feliz con la tajada de sensibilidad que me queda. Pasemos los días...

2/7/60.— ¡Qué buena parranda en Mobile! Y eso que prohíben vender licor los fines de semana.

3/7/60.— La máxima favorita de Marcelino: «esto es bueno si sirve para...». Creo que él es así desde chiquito. Pero ahora lo está deformando más su extremo materialismo. Estoy por echarle la culpa a los libros que lee.

Sus lecturas son disímiles, complicadas y curiosas; no es extraño que lo hayan enredado. Los libros que he visto en su escritorio no me atrevería a tocarlos ni con los guantes de un aceitero. ¡Qué títulos!: Historia de la guerra del Peloponeso; Miseria de la Filosofía; Las aventuras de Arsenio Lupin; Porque no es inútil una nueva Crítica de la Razón Pura; El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre. ¡Hágame el favor! ¿Quién que se lea estos libros puede seguir pensando con naturalidad? Y su biblia, su libro de cabecera: Pragmatismo, un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar. Con sólo el título quedo fatigado. ¿Qué puede salir de tal menjurje didáctico? Pues, nada más y nada menos que un Marcelino. Sí, mi mejor amigo a pesar de ser mi antípoda. Ni el tercer ojo de Lobsang Rampa podría abarcar todo lo que nos separa. Ayer nada más, le oí declarar con firmeza que después de alcanzar su título de capitán, navegará un par de años más y se retirará. ¡Dice que comprará tierras, inventará cosas, abrirá negocios en fin, se hará rico. Por mi parte, confieso que mi materialismo se podría resumir en una casita frente al mar donde pueda escribir poemas al atardecer.

A Marcelino eso de ser tan práctico lo ha llevado a cometer grandes errores, algunos imperdonables, como la vez que estando yo de guardia en las máquinas, entró en mi camarote y se puso a hurgar aquí y allá, y habiendo encontrado mi pipa favorita (una Frank Medico curada en coñac), le raspó la maravillosa costra que tanto me había costado formar, porque «es inmoral fumar en una pipa tan sucia». Casi nos cuesta la amistad. Pero, bueno, ¿quién no comete errores? Es mi amigo.

La verdad, Marcelino era un tipo muy especial. ¿Por qué digo era?, debe serlo todavía. Tiene mi edad, no es tan viejo. ¿O será que a medida que envejecemos los viejos nos parecen menos viejos?

Leer este diario ha sido meter la memoria en una ducha fría, vivificante. Comienzo a recordar todo como si fuera ayer.

21/8/60.— El capitán anunció un ligero cambio en nuestro itinerario. Teníamos meses de no salir de La Guaira, Maracaibo, Mobile, Houston, New Orleans y Trinidad. Esta vez, antes de tocar Maracaibo, llevaremos unas cajas a la refinería de Amuay, en Coro, esa península que parece una cabeza de duende. A casi todos les pareció más aburrido que interesante, pero a Marcelino y a mí nos sacudió algo por dentro.

Lo que pasa es que la tal refinería dista unos pocos kilómetros del pueblo de Punto Fijo y su puerto Las Piedras, archiconocido por nosotros por ser uno de los extremos de la llamada ruta serrucho que con toda regularidad cumplía el viejo S/S Bolívar, petrolero de la Mene Grande Oil Company, donde Marcelino y yo completamos las ciento ochenta singladuras exigidas para recibir el título de la Náutica. Lo que son las cosas ¿no? Precisamente, el mes pasado, remontando el Misisipí, habíamos visto aquel viejo cacharro de tan magnífico nombre, escorado en una orilla del río oscuro y enmohecido, esperando turno para ser refundido. No pude evitar un lagrimón por el pequeño petrolero que había sido nuestro primer barco. Ya graduados, Marcelino y yo, por sorteo fuimos destinados como oficiales en práctica a la Mene Grande y coincidimos en aquel pailón de acero que muy ufano llevaba el nombre del Libertador. La ruta serrucho era: cargar crudo en algunos puertos del lago de Maracaibo, y descargar en Las Piedras, donde otros barcos de gran calado llevarían el petróleo a diferentes refinerías. En verdad, la ruta era atroz, el barco destartado y el clima un verdadero castigo: «Mirai, primo, aquí no llueve sino que el sol suda», se burlan del calor los mismos maracuchos. Muchas veces suspiramos de autoconmiseración y envidia al pensar en los compañeros que les habrían tocado barcos de navegación de altura y que estarían con la boca abierta admirando los rascacielos de Nueva York, o caminando, muy abrigados, por esa pecaminosa y deslumbrante calle de Hamburgo donde mujeres maravillosas se exhiben semidesnudas en ventanas como escaparates.

Marcelino y yo fuimos condenados al hastío de una ruta de pueblos adormilados por el calor; a la soledad de esos muelles largos, angostos y negros, donde parece que siempre el mismo viejo pesca su aburrimiento y dormita la fatiga de los años; en fin, fuimos prisioneros en ese lago erizado de torres petroleras que emergen como fantasmas de hierro entre el vaho caliente de sus aguas.

Pero siempre hay compensaciones: La amistad que florece en estos barcos petroleros es de confianza total, de camarote abierto y escritorio sin llave; se convierte en un compañerismo a toda prueba y que todo lo comparte. Cosa hermosa en verdad, la amistad. La otra compensación, la que más nos ayudaba a halar el tiempo: los burdeles.

¡Tronco de burdeles, mi vale!

Entre el puerto de Las Piedras y el pueblo de Punto Fijo se levantan, si no los más lujosos, los más pintorescos y sonoros burdeles de toda Venezuela. Hay dos grandes ciudadelas del placer. Una arriba, en la meseta de vientos calientes, que se alza como un oasis imprevisto en medio de esa árida planicie en la que sólo pueden medrar pandillas de chivos olvidados. Es «El Nuevo Mundo», ciudad encantada, una página voluptuosa de Las mil y una noches. La primera vez que vi aquellos seis edificios diseñados y construidos para el ejercicio del amor, me parecieron un espejismo. Pero eran reales, allí estaban, llenos de huríes, amazonas, princesas incas, rumberas cubanas, walkirias de rubias trenzas... en carne y hueso. ¡Ay! todo lo que había soñado en las solitarias noches de estudiante. «El Nuevo Mundo» es un sitio caro. ¿Acaso no lo son las cosas buenas, finas y deliciosas?

La otra ciudadela, la de abajo, justo al final del muelle, con ese nombre tan sabroso: «El Tropezón». Cuando lo conocimos ya había pasado sus mejores tiempos. Los marinos petroleros, que manejan buenos billetes, van a «El Nuevo Mundo». «El Tropezón» quedó como válvula de alivio para los hombres del pueblo; pero una que otra vez también racalamos por ahí. Sus cuatro edificios cuadrados parecen dados tirados en la arena de una playa

prohibida. De día, cualquiera cree que es un pueblito fantasma; el sortilegio de la noche lo convierte en un palacio encendido de alegre putería.

¡Aleluya y cada quien con la suya! Los burdeles son hogares y epitalamio de los marinos trashumantes. Allí nos entregamos con frenesí al más deleitoso de los dones que otorgó la Naturaleza. ¡Que piensen otros lo que quieran! ¡Que furiosos griten contra el falso amor, que nos adviertan que todo es ilusión maligna, oropel! ¡Que juren y perjuren que entre las paredes de un burdel sólo hay dolor y perdición! Para mí los burdeles serán siempre una etapa maravillosa de la vida. Bueno, no lo dude, el color del paisaje será el mismo que el del cristal que ponga ante sus ojos.

¡Qué suerte tuviste (tuve), muchacho! En esos tiempos no se había inventado el SIDA todavía.

24/8/60.— Mañana recalamos en Amuay; desde allí, Las Piedras está a siete vueltas de propela. Hasta Marcelino se ha puesto nostálgico por la cercanía de los burdeles donde hicimos los pininos del amor. Hace seis años, cuando éramos oficiales en prácticas, poco menos que pordioseros del mar, con una mesada tan mísera que sólo alcanzaba para los cigarrillos, Marcelino y yo fuimos sus turistas más fanáticos. Y es que nunca nos faltó la invitación de los tripulantes del S/S Bolívar. La invitación no siempre incluía mujer, pero no nos quejábamos, ¿de qué podríamos quejarnos? Además, y esto tiene que quedar dicho muchas de las damas del Nuevo Mundo y del Tropezón nos trataron de manera especial. En la plaza mayor de la memoria tengo erigidas estatuas a las Sandras, las Genovevas, las Patricias, las Teresitas y, claro, las Marías, que alguna vez por deporte, compasión, fraternidad y hasta por amor, nos regalaron lo mejor que podían dar: sus cuerpos. ¡Ay esos cuerpos mitigantes, de temblores frescos y sabios! Debo añadir que, una que otra vez, en la

intimidad de las sábanas, nos dieron también una tajadita de sus almas.

Espero que entienda (me dirijo con respeto a mí mismo, viejo), que si escribo todo esto es porque soy un sentimental.

Conque un sentimental. ¿Y qué crees que eres ahora, un prosaico filisteo?

Dudo mucho que Marcelino se acuerde de toda esa buena gente. Por mi parte, yo no he olvidado. Recuerdo hasta los apodos que llevaban como diademas de humor: «La Pelona» «La Tres Minutos», «Magda puñales», «La Corsaria», «Tragoamargo», «La Mirapalcielo». ¡Qué buenas gentes! Por favor, no me diga que es un desperdicio conservar estos recuerdos con tanta ternura. Tenga presente que fue ternura lo que recibimos. Y eso, la ternura, es lo más digno de ser recordado. Un regalo en la vida. Cosa sin precio.

Vaya, esto se está convirtiendo en el caramelo del que habla Tito. Sigamos, nadie me espera...

NOTA: Entre el montón de diferencias que hacen de Marcelino un individuo tan distinto a mí, he escogido una que nos retrata de cuerpo entero para dejarla como prueba. Se trata de un incidente que compartimos precisamente en el viaje a Amuay que acabo de fechar. Bien sé que esta historia no es un clamoroso mensaje a la posteridad ni un edificante ejemplo para las juventudes, pero estoy seguro de que por su naturaleza tan humana permitiría a cualquiera emitir opinión al respecto. Mas no quiero la opinión del mundo, se trata de que sea usted, a veinte o treinta años de distancia, quién juzgue y decida quién tuvo la razón en lo que pasó.

¡Anjá, apareció la historia que no estaba buscando!

La Madmoacel es la causa de todas las páginas que siguen. Ojalá que usted no la haya olvidado...

Puedes estar seguro que no la he olvidado.

...La Madmoacel es el dulce, el postre de estos apuntes. Mire si sería buena esta Madmoacel que ni Marcelino el calculador, el hombre de las metas y los números, pudo olvidarla. Como veremos.

Llegamos a Punta Cardón el 25 de agosto. Marcelino y yo saltamos a tierra como en los viejos tiempos: sedientos y con ganas; pero esta vez con plata en los bolsillos. Tomamos un taxi para ir derechitos a «El Nuevo Mundo». Duplicamos en la espiral del tiempo una escena remota ya representada por nosotros mismos y por un número infinito de marinos cuando saltan a tierra. Marcelino, vaya hombre precavido, esconde parte de su dinero en las medias. El carro da tumbos por una carretera de cutis dañado.

Han pasado seis años. Poco cambio en el paisaje. ¿Y nosotros? No sé, no se siente. De todas formas, seis años es toda una época cuando no se han cumplido los treinta. Parece mucha vida el haber visto una revolución que triunfa, leído quinientos libros sufrido una tormenta, y contar siete amoríos colgados entre el corazón y el sexo.

—¿Te acuerdas de la Madmoacel? —me pregunta Marcelino.

—¡Claro! —le contesto.

Aunque son más de la seis y media, el sol, pintor retrasado todavía da brochazos dorados en la meseta desolada. ¡De ese color era el cabello de la Madmoacel. ¡Vaya si la recuerdo!

Márgara, Margarita, Margot, alias «La Madmoacel» la blanca cumanesa de cabellos cortos y rubios enmarcando una nariz *respin-gada* culpable de su apodo. Parisina asoleada esta Margarita tan risueña. Categoría y belleza, supo sacar provecho de su aire *a-francesado*. Bien condicionada para su profesión, a la que no entró por la fatalidad de su destino sino por

despreocupada escogencia. No era de las que sufren amarguras secretas. Estaba formidablemente equipada para su profesión: senos pequeños y firmes, caderas fuertes, muslos complacientes y corazón siempre en fiesta. No cargaba con madre enferma ni hijos criándose a cien millas de distancia. Además, tenía la desfachatez que gusta a los hombres que pagan alto. Madmoacel, Madmoacel, estás aquí, dentro de mi cerebro, tú y yo, en un bis de aquella tarde gloriosa en que reías —risa fresca y libré—, te reías de mi grasiento jefe de máquinas que no se explicaba que prefirieras acostarte conmigo por nada, y no con él, que pagaría el doble de la tarifa. Márgara, olor de Palmolive, gracias por tu generosidad, gracias por aquella tarde. De un sólo vistazo te diste cuenta que estos dos aprendices, marinos sin sueldo, tenían una urgencia avasalladora, que estábamos aturridos por una increíble carga sexual. Así que primero me invitaste a mí y luego a Marcelino, por nada: *voules vous a coucher avec moi?* Lo decías en francés para hacer honor a tu apodo. «No tengo plata », recuerdo que te contesté. Sin hacer caso me tomaste de la mano y me llevaste a tu cuarto, las ingles candentes y el corazón en zozobra. Así, por nada, por el único placer de dar placer...

¡Fuiste un arcángel, Margarita!

—¿Cuánto le piensas dar?

No contesté. En ese instante la ensoñación me había trasladado a la popa del «Bolívar», donde contaba las olas que nos iban alejando del puerto de Las Piedras del Nuevo Mundo de la Madmoacel.

—Para Margarita, la Madmoacel. —Me enseña un billete marrón.

—¿Cien bolívares?

No soy avaro, pero siempre me ha preocupado el pagar de más. Marcelino contrataca mis pensamientos:

Vamos, Nero, si la vemos, es lo menos que debemos darle. Si mal no recuerdo las mismas veces que fue para mí fue para ti; cuatro... cuatro veces nos hizo el favor. Calcula, en aquel tiempo las mujeres del Nuevo Mundo cobraban veinte bolos, ahora deben estar por los treinta; para no caer en un interés compuesto, vayamos a la media proporcional: veinticinco. Ma-

temáticas, Nero. Cuatro veces veinticinco igual cien... Préstame la candela. Marcelino enciende su cigarrillo y sonríe. Se siente imbatible sobre el caballo percherón del pragmatismo. Tiene razón el condenado. Separo un billete de cien para Margarita... por si la vemos.

Entramos al Nuevo Mundo sin el asombro de los hermanos Pinzón ni la devoción ultraterrena de Cristóforo Colombo. Este Nuevo Mundo no tenía para nosotros la emoción de lo primerizo. Entramos como se debe entrar a cualquier burdel del mundo: disminuyendo la velocidad a media máquina (aunque siempre el pulso se acelera), midiendo longitudes, adivinando el urinal, identificando a los camorristas, eligiendo un buen mirador. Ordenados los tragos, se pide cambio para poner discos, esto nos facilita una proximidad a las habitantes. Se calibran cinturas y caderas; se observa con atención de experto el bamboleo de los senos al caminar o bailar y, por último se pone a andar ese radar sin marca que es capaz de rastrear a la hembra afin. Tipos sofisticados como Victorio Manzo aconsejan enarcar ligeramente una ceja mientras se le manda una voluta de humo a la nariz de la candidata mientras se deja aparecer en los labios una sonrisa tres cuartos, de melón macho. Bueno, cada velero tiene su aparejo. Lo que si me a enseñado la experiencia es que si quiere pasarla bien en una de estas casas, debe eliminar totalmente la idea de que busca únicamente un alivio fisiológico, porque si no lo hace, se convertirá en un oso, o, lo que es peor, en un mantis sagrado y será devorado por la hembra durante el coito.

Margarita no se encontraba en ninguno de los seis palacetes del Nuevo Mundo.

Peor todavía: nadie la recordaba.

Ya habíamos decidido quedarnos entre los brazos y piernas de cualquiera de aquellas esplendidas mujeres, cuando Marcelino hablando con una negra que mantenía limpios los baños, averiguó que la Madmoacel había sido rebajada de categoría; es decir, buscó asilo en el Tropezón, luego de una feroz pelea que tuvo con Leila, la regenta del «Taj Mahal». Así que nos fuimos al Tropezón.

¡Uyyy! Estaba más deteriorado de como lo recordaba (seguramente la imagen que yo guardaba era mucho mejor de lo que en realidad fue nunca, usted sabe, la memoria suele dar excelente mantenimiento). No había barcos en el muelle, y siendo lunes no había hombres porque ese día en el pueblo se acuestan temprano. Sin hombres, aquel corral de fiesta, languidecía. El silencio era insultante. Entramos al «Tilín Tilán» donde las mujeres no lograban ocultar su malhumor debajo de las exageradas capas de cremas y colorotes. Lucían aburridas y cansadas. Después de un arqueo rápido Marcelino dictaminó:

—Ni una Margarita en este jardín.

Cuando preguntamos al cantinero, se sorprendió del apodo.

—¿Quién? ¿La Madmoacel? No, no tenemos ninguna Madmoacel por acá, pero ya que mencionó una Margarita, sí hay una Margarita... Una que vino del Nuevo Mundo hace como dos años. Está en «Las Noches de Gardel», ese cuchitril de allá enfrente.

Uno busca lleno de esperanzas...

Y todo a media luz...

Rechiflado en mi tristeza...

Esta noche me emborracho yo y me mamo bien

mamao

pa' no llorar...

«Las noches de Gardel». Pobres noches sin tangos, sin milongas, sin un bandoleón desesperado, sin vaselina en los cabellos, sin las luces de Buenos Aires... sin Gardel.

—Allá está, —dijo Marcelino—. ¿Estás seguro que es ella?

—No olvido a las mujeres que se acuestan conmigo.

Me responde con sorna.

Marcelino es capaz de hacer una interpolación en las tablas de Badwich a la luz de un candil y recordarlo veinte años después. Podía estar seguro.

Una mujer flaca y oxigenada me sobó la espalda. Para aliviar su letargo le di un bolívar para que pusiera música.

Se prendió la rockola.

Desde el fondo de la gayola luminosa, un resignado Julio Jaramillo repite una vez más, con su voz de tabaco y melcocha:

«Ya nunca volverán
las espumas viajeras
como las ilusiones
que te depararon dichas pasajeras...»

Margarita, sentada en un rincón, lee un periódico. Nada hay sobre la tierra que pueda provocar tal sensación de aburrimiento, de desolación, como una mujer leyendo un periódico en un cabaret. De pronto se me concentra una salivita amarga en el esófago. La tendré que bajar con ron. ¡Ay Márgara, Margarita, tú que fuiste la reina del Nuevo Mundo! La de los pies ágiles para el baile y los brazos perfumados para el amor. ¡Mírate hoy, María la O. Margarucha, resto de un naufragio, descascarillado mascarón de proa!

¿Cómo puede ser tan malo el tiempo? ¿Nos contarás, Margarita? No, calla, no cuentes...

Las otras cuatro o cinco mujeres también parecían nadar en esa niebla de abatimiento. ¿Pero qué es esto, una noche de té y abuelas en el corazón del Tropezón? Ni siquiera nuestra entrada logró animarlas. Tal vez pensaron que éramos «un paquete» o que andábamos perdidos. Quizás temían que a ellas mismas preguntáramos: «¿dónde están las hembras buenas?»

Pedimos al mesero que llevara un Cointreau a Margarita.

—¿Coantró? —palabra rara en el Tropezón de ahora. El enfado trató de proteger a su ignorancia—. Aquí sólo servimos cerveza o ron.

Cuando Margarita recibió su ron, levantó la cabeza y nos miró. Sin tener la menor idea de quiénes éramos, nos ofreció una sonrisa. Tomó un pequeño sorbo. Le quedaba aquel toque de categoría que le impide correr a ofrecerse. Esperaría.

Fuimos a su mesa. Sin palabras, ofreciéndole nuestros brazos, la invitamos a seguirnos a nuestra mesa que ya estaba adornada con una botella recién abierta, vasos, hielo y coca co-

las. Por unos instantes sus ojos brillaron, como en sus tiempos dorados, pero enseguida se volvieron a cubrir de esa fatiga infinita que siempre ronda a las mujeres sin esperanzas y a los hombres sin mujeres. Sin embargo, se levantó y secundó lo que parecía una farsa, resignada a que estos dos hombres mataran su aburrimiento con ella. Mientras caminamos a nuestra mesa Marcelino se dirigió a mí:

—Me temo, Nero, que la reina Margarita se ha olvidado de nosotros.

—«Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar...» —le recité suavemente.

Se detuvo en seco. Nos miró fijamente. Casi podíamos oír los engranajes de su memoria dando vueltas.

—¡Anjá! —dijo con alegría— los Ñeros del «Bolívar»...

Parecía a punto de llorar cuando nos abrazó con efusividad. Me sentí un poco incómodo porque en su abrazo, que había sido auténtico y algo maternal, me rozó algo pecaminoso. ¿Qué podía ser las puntas de sus senos, los lunarillos de su espalda blanca, o ese olor a perfume barato que de pronto puede ser muy excitante?

Quiso saber de nosotros, más por evadir su propia historia que por curiosidad. Hablamos y tomamos. Al escucharla (su voz conservaba una juventud tenaz), iba redondeando la personalidad de esta mujer. No cabía duda, era inteligente y sensible. Resulta inexplicable que haya descendido hasta aquí. ¿Por qué no tuvo la fuerza del ahorro? ¿Cómo fue que no se casó como muchas otras? Hace seis años lo único que me importaba eran sus caderas; soñaba con los veinte minutos en la penumbra fresca de su cuarto, su bata de grandes flores amarillas, tirada en el borde de la cama, había sido para mí el súmmun del arte erótico.

Con una mano sobre mi brazo (fría y un poco pegajosa), se dirigió a Marcelino:

—Pues sí que eran dados a la poesía...

—Marcelino tenía una, una sola poesía... —le recordé.

—Cierto —aceptó—, una sola, «La Renuncia», ¿no es cierto? Parece mentira, los años que han pasado y nunca la he

olvidado: «He renunciado a ti. No era posible. Fueron vapores de la fantasía...» ¡Qué linda!

—También te gustaba mucho «Puedo escribir los versos más tristes esta noche...» —la interrumpí.

—Sí, sí —continuó—, pero «La Renuncia» se me pegó. Después de todo, me parece que se entrega todo con la renuncia...

Marcelino sonreía como un tonto vanidoso. Y como un tonto vanidoso declamó:

«...como el marino que renuncia al puerto y el buque errante que renuncia al faro...»

¡Oh, Dios qué tristeza! —dijo emocionada—. Y ¿cómo era esa otra parte que se presta para estos momentos?... Ah, sí: «he renunciado a ti como el mendigo que no se deja ver del viejo amigo...» ¡Qué terriblemente hermoso! Algunas noches me acosté llorando al recordar esas líneas.

Guardamos silencio. Apuesto que Marcelino no comprendió la congoja majestuosa que reinó en la mesa. Apuesto que calló porque no sabía qué decir. Como yo soy muy perspicaz, rompí aquel silencio que podía echarnos a perder la noche. La invité a bailar.

Mientras bailábamos, le pasé el arrugado billete de cien bolívares.

—¿Para mí? —preguntó con coquetería. Eres muy generoso. Si me acompañas al cuarto verás que yo también puedo ser muy generosa—. Empinándose un poco me susurró al oído: —¿Te acuerdas?

Me tomó de sorpresa. Lo que menos esperaba era esa invitación. Un poco turbado no acerté sino a mascullar una respuesta entrecortada:

—Creo que ya no hay tiempo... tú sabes, el barco... tengo turno dentro de poco. Mañana sí, mañana vuelvo... entonces sí.

Alzo ligeramente los hombros. De la cintura para abajo sentí que algo se me perdía: había aflojado la presión de su vientre contra el mío. Se acabó el disco.

Marcelino la sacó. No habrían bailado ni la mitad de la pieza cuando se acercaron a la mesa. Marcelino recogió su trago y el de ella y dijo en el tono más natural del mundo:

—Ahora regresamos, Nero.

Creo que toda la sangre de mi cuerpo se agolpó en mi cara. El disgusto subió de tono a medida que analizaba los actos de aquel drama que ahora se convertía en una farsa de patio. «¿Cómo he quedado por este desgraciado? Acabo de decirle a Margarita que no tenemos tiempo, y él se va tan campante con ella, a su cuarto, me imagino que no a jugar barajas. Si habíamos quedado en regalarle los cien bolívares... re-ga-lar-le ¿Cómo es posible que reciba un coito a cambio? Eso se llama comprar carne, carne de una vieja amiga. ¡Por el rabo de Satanás! Qué hago aquí sentado como un verdadero idiota... Ese Marcelino se va a componer el día de... Yo pude hacer lo mismo y no lo hice, ella misma me invitó, pero carajo, yo tengo sensibilidad, algo me queda de pudor, de dignidad. Y no es que Margarita no esté buena todavía. Bien hubiera podido...»

¿Qué diablos pensaba? Se me enredaba todo por la infamia de este Marcelino. Eso era, una infamia. Yo no pude ser un infame. Margarita había dejado de ser una puta para mí. Desde hace tiempo se había convertido en un símbolo, una fotografía antigua que por un milagro de los sentidos se mueve y habla; La Madmoacel de hoy era una artista que había compartido conmigo un gajo de su famosa juventud. ¿Cómo demonios me iba a acostar con todo eso? Él sí, él ha demostrado lo que es, un vil materialista, un avaro empedernido, un degradado comerciante de sentimientos. ¡Déjalo que salga!

Así pensaba, sentado allí, solo, despechado.

Una viejuca mal sentada en la barra me miraba desvergonzadamente. Una mirada realmente abochornante. «Yo no funciono así señora» tenía ganas de gritarle. Es una seducción infantil eso de mirarle a uno como si uno fuese un rábano fragante digno de un mordisco. «No señora, aquí está viendo usted a Sir Galahad, el caballero del Santo Grial, el impoluto». La vete-ra no se daba por vencida. En un acto más recriminatorio se subió la falda descaradamente. Pude adivinar, entre sombras criminales, allá donde me da escalofrío, en los ojos, muy negras, negrísimas, su ropa interior. Admito, contra mi voluntad que la mujer no estaba tan aplaudida nada. Sus muslos eran realmente formidables; estaba muy bien maquillada, la boca lucía roja

y grande y dejaba entrever la punta de una lengua que seguramente estaba bien entrenada. ¡No! ¡Por supuesto que no cedí! ¡Ni cederé nunca a una tentación así! Yo soy un romántico, ya lo he dicho. Y en este momento menos voy a permitir que la tentación ocupe el espacio de la indignación. En un acto cuyo valor pocos comprenderán, volteé la silla y le di la espalda a aquella pantera que pretendía devorar mis largas y solitarias noches de navegación. «¡No señora! Esta noche regresaré invicto al barco». Quizás un poco triste y nervioso, pero con mi moral intacta. Ya tocaremos otro puerto.

Todavía me tomé dos tragos más y Marcelino no salía.

Me serví el tercero y llevé la botella a la barra. La viejuca me daba la espalda en ese momento. Toqué su antebrazo con la botella y dije:

—Le regalo la botella.

La mujer se volteó, me miró a los ojos como si yo fuese un cigarrillo aplastado. Con el mismo antebrazo tumbó la botella y me volvió la espalda. La botella rodó hasta la canaleta de la barra y comenzó a perder líquido por la tapa mal cerrada. Allí las dejé, botella y mujer, vaciándose; aquella de ron, ésta de orzullo. Regresé a la mesa y decidí que al final de ese trago me iría. Voy a confesar algo importante. Algo que un buen contador de historias hubiese ocultado, pero que yo (y seguramente usted que me lee, sigue siendo igual después de tantos años) pondré en blanco y negro como una especie de mea culpa: sufrí al imaginar a Margarita con las piernas abiertas recibiendo al miserable de Marcelino; y eso no es todo, también reconocí la envidia en el paso del ácido bibásico que me recorrió los intestinos. Es que en ese momento recordé todas las maniobras con que La Madmoacel podía hacer delirar a un hombre.

—Vámonos, Nero... —hablan a mi espalda.

—¿Y Margarita? —pregunto, atorado por el despecho.

—Se quedó en el cuarto. Te manda un abrazo. Dice que con nuestro regalo se va un fin de semana a Cumaná, a descansar.

Por supuesto que se va a descansar la pobre. Imagino que tú terminaste de molerla de magullarla, de estropearla. Tan

dulce y tan dócil la Margarita. La violaste, Marcelino, la violaste en su camarote triste. Mi querida Madmoacel —ahora con el cabello largo y teñido de negro— pido perdón a nombre de este truhán amigo mío. Es un salvaje pragmático. Por gusto mis esfuerzos por insuflarle un poquito de humanismo. Todo se resbala por el aceite de sus principios: «La verdad, compañero, depende de su utilidad para la vida» o, «el significado de una proposición consiste en las futuras consecuencias de crearla.» ¡Futuras consecuencias! ¡Vaya frescura! Todavía no me explico tu adoración por un poema como «La Renuncia».

—Verdaderamente, Nero, eres un tipo brutal —le recriminé en el taxi—. Por lo visto nunca comprenderás a las mujeres. Te lo diré de un vez por todas: tus teorías de la vida no son más que ondas ególatras. Para ti el mundo es una concha y tú el caracol que lo llenas todo. Pobre Marcelino. Siento lástima por ti...

—¿De qué hablas? —tuvo el tupé de preguntar.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a Margarita? Una mujer tan espléndida que se reía cuando jurábamos que algún día regresaríamos a pagarle sus favores... ¿Sabes por qué reía? Porque la verdadera generosidad no espera recompensa.

No contestó. Hice una pausa larga. Es bueno hacerla después de una frase tan buena. Hay que dar tiempo a que la digieran, tanto el interlocutor como el público —en este caso, el chofer del taxi—. Vuelvo al ataque:

—¿De qué valió la exactitud de tu cálculo? ¡Ja! cien bolívares. Esa es una generosidad de pacotilla. ¿Sabés adónde fue a parar tu generosidad? Al urinal de «Las noches de Gardel».

Esto parecerá muy duro, pero él se lo merece. Por el silencio que guarda, parece que mi discurso surte efecto. Continúo:

—Puedes decir lo que quieras, Marcelino, pero la verdad es que cobraste por el regalo. No supiste renunciar... renunciar, que es dar algo por nada. Y quien te oye declamando el poema. Que te crean otros yo te conozco. El poeta dice: «Cuando renuncie a todo seré mi propio dueño». ¿Cuánto te falta para eso, amigo?

La luna, que por lo redonda bien podría haber sido de utilería parece un lunar blanco en el cachete negro de la noche.

—Me pregunto si tu hubieras renunciado a ella con tanta nobleza si la hubieses encontrado tan linda como hace seis años—. Su tono es más formal y ronco que de costumbre. Ahora es él quien utiliza la pausa. Me parece que pierde su tiempo. ¿De qué me va a convencer?

—No soy experto en mujeres, Ñero —continúo con su voz de cuchufleta—. Y es cierto que utilizo los sentidos para acercarme a ellas. Pero en cuanto a la renuncia, no me puedes recriminar nada. Si hubiese renunciado a ir con Margarita a su cuarto, no solamente me hubiese perdido de un placer intenso, sino que hubiese terminado de destruirla. Te voy a decir algo: fuiste tú quien la ofendió. Tú le diste los cien bolívares como si fuese una mendiga... no entendiste que atraviesa por una crisis, tu romanticismo de pacotilla ignora cómo un hombre puede levantar el ánimo a una mujer abatida...

En la cara morena de Marcelino aparece una sonrisa burlesca. La conozco, es el prelude de su tonto sarcasmo. Abandona el tono formal:

—Me complace informarte que sigue siendo una mujer de maravilla...

Me quedé callado. Me niego a discutir tonterías. Me molestó mucho que el chofer del taxi asentía a todo lo que decía Marcelino; aunque bien podría ser que el movimiento de su cabeza se debiera a los baches del camino.

OTRA NOTA:

Juro que el relato que acaba de leer es la pura verdad (no veo como podría mentirme a mí mismo). La diferente actuación que tuvimos Marcelino y yo al encontrar a la Madmoacel, la incluyo entre mis vivencias del año 1960 porque con ella pretendo comunicarme con usted (conmigo) a través del tiempo. Cuando yo (usted) vuelva a leer esto, allá por 1985 ó 1995, seguramente habrá acumulado suficiente conocimiento sobre esa extraña materia llamada imparcialidad como para decidir quién de los dos tuvo razón.

¿Conque eso quieres de mí, pasado aventurero? ¿Que decida quién tuvo la razón en esa historia que se vivió hace más de treinta años? No, no lo haré, mi joven yo. Prefiero ponerle fecha (octubre de 1993) y pasarla limpio en un floppy en de la computadora —como en efecto acabo de hacerlo— para leerla después del año dos mil. Tal vez para ese entonces pueda dictar un fallo definitivo. Hoy por hoy estoy confundido. Es probable que el pragmatismo de Marcelino haya sido en el fondo, algo mucho más romántico que mi cacareado romanticismo Dejemos madurar un poco más el fallo. El tiempo juega a favor de la verdad. Si no llego a la fecha mencionada, puede que alguien meta el floppy en su computadora y revise este escrito; puede que sonría y se atreva a emitir un juicio.

Averiguaré la dirección de Marcelino (me han dicho que es millonario en Porlamar) y le mandaré una copia impresa. Incluiré una simple pregunta: «¿todavía crees que hiciste bien acostándote con la Madmoacel?» Y añadiré que me gustaría saber si aún recita aquello de:

«He renunciado a ti, y a cada instante
renunciamos un poco de lo que antes quisimos
y al final, ¡cuántas veces el anhelo menguante
pide un pedazo de lo que antes fuimos!...

¡Diablo de hombre el ñero Marcelino!

JUSTO ARROYO

JUSTO Arroyo, (1936), obra: *Capricornio en gris* (1972) y *Rostros como manchas* (1991).

REVELACION

*Su vida no es desorden más
que para mí, enterrado en prejuicios
que desprecio y respeto al mismo tiempo.*

JULIO CORTÁZAR.

Rayuela

PODÍA ser en su momento más ocupado. Podía llegarle en medio de un dibujo, en el trazo de una frase; a veces hasta cuando hacía el amor.

Le podían estar contando el chiste más envolvente, la anécdota más exteriorizante, no importaba.

Maruelo había llegado a sorprender los instantes, cuando el tiempo se le detenía en la cara, como si se levantara entre él y los demás un cristal, parpadeaba seguido y la mente se le ponía afuera, viéndose y viéndolos. Entonces hacía un movimiento de cabeza, como sacudiendo la idea para regresar al momento.

Había que ser muy perspicaz para notarle esta expresión, ya que por otra parte, tenía fama de distraído.

Maruelo había descubierto la muerte.

Y como era muy sano pues jamás se había enfermado, no era temor lo que lo hacía detenerse, era una especie de felicitación que se hacía por tener estos destellos que se le antojaban exclusivos, recordatorios de una mayor ligereza a su acostumbrada pasta.

Maruelo era lo que sus amigos llamaban un buen tipo. Sólo tenía una pequeña turbiedad social y era un divorcio. Este hecho se le antojaba como una prueba más de su inestabilidad y era el causante de que anduviera —sin que él recordara en qué momento había empezado— con la cabeza un poco baja, que no mirara a los ojos cuando hablaba y que, cuando lo hacía, transmitiera un aire de disculpa por estar allí, sin ha-

berse realizado, inseguro, pero, como todos podrían ver, un buen tipo, siempre tomado en cuenta para fiestas, reuniones cívicas o políticas.

Maruelo tenía el tacto suficiente para armonizar a los demás; sus opiniones eran eclécticas y se le consideraba un buen conversador. Al menos, cuando hablaba se le escuchaba, porque se esperaba de él siempre una opinión honrada, sin las complicaciones de la originalidad, de la chispa o del doble sentido. Era como un palo firme entre aguas movibles y a sus amigos jamás les faltaba tiempo para, en una discusión, reclinarse y permitirle exponer. Aunque su idea no tuviera mucho peso, era la persona indicada para crear un paréntesis: sus palabras dichas con esfuerzo pero sin patetismo, fijaban una lógica pedestre que tenía su valor, pero que, sobre todo, permitía chupar en el cigarrillo, tomar dos tragos seguidos o echarle hielo al vaso. Además, Maruelo era el mejor escuchador. Jamás interrumpía al que hablaba, levantándole la mano, por el contrario, a los que hacían algún comentario dentro del discurso de alguien, logrando concentración general para que el otro, antes que nada, se sintiera bien, se expresara y sintiera la magia de la atención. Aunque la atención del propio Maruelo era errática pues con pocas palabras estaba en otro lado; sus ojos podían estar aceptando, podía, incluso, asentir en el momento indicado, negar con la cabeza o tistiquear, lamentándose de lo que no había entendido sin que el otro se diera cuenta.

Es decir, se consideraba dividido en dos, y se decía que la parte privada, de salir a la superficie, lo dejaría total y absolutamente solo, espantando a sus amigos y condenándolo a ser el genio que creía ser y temía reconocer.

Maruelo había leído más que todos sus amigos, pero sus conocimientos caían en la conversación como fragmentarios, como retazos de cultura que hubiera adquirido sin mayor esfuerzo; una cultura que parecía de revistas, de diarios, de cine y televisión. Por eso había el grado de respeto pero sin la reverencia; antes bien, con un dejo de inseguridad por lo que había dicho, poco respaldado por su persona, su falta de vehemencia. No ofendía, quiero decir, y si en un principio le molestó esta amorfidad que sabía exudaba su continente, luego la

aceptó pero sin sentirse superior porque reconoció que, en efecto, sus ideas poseían una disgresión producto de su falta de sistema. Y cada día veía más lejano el momento en que todo tuviera coherencia de línea recta, en sus palabras, en sus acciones, en su vida. Veía su cerebro como una casa desarreglada, con cuartos con objetos fuera de lugar: una recámara con una refrigeradora, por ejemplo, una sala con un sumidero lleno de zapatos. Y él, Maruelo, se había prometido durante demasiado tiempo que algún día arreglaría todo: abriría las ventanas, las puertas, dejaría entrar un viento muy helado, recogería la telarañas y cada elemento se colocaría en su puesto. Pero el momento de la verdad dilataba y la casa seguía en desorden, dándole a su persona un aire de fragilidad, de ausencia.

Porque Maruelo no despegaba ofrecía confianza, y el hecho de que pudiera deslizarse en su trabajo sin tropiezos, de que siempre tuviera una mujer al lado y que su casa fuera cómoda, lo hacían insustituible, como un objeto inmóvil necesario en nuestra época de trashumancia. Si se hubiera metido a hippie, si hubiera resuelto abandonarlo todo para dedicarse al budismo, habría recibido la dispensación de sus amigos mientras que, en otras casas y en otras fiestas, calcularían en silencio el tiempo que le tomaría volver.

Y su acompañante del momento, sin excepción, lo consideraba el marido ideal, la cifra que no sería difícil manipular debido a la protección que parecía le faltaba: esa camisa sin un botón, la corbata arrugada, la bragueta abierta o los zapatos gritando un lustre, las uñas sucias o el VW lleno de libros y colillas, le daban el toque que atraía a las mujeres, el aspecto de urgencia por la mano que llevara al seno, dos caricias en la cabeza, tu cabeza en mi pecho, yo te protejo, Maruelo. No le molestaba ese aire de despertador de maternidades pero siempre que podía trataba de sacudir esa impresión mediante una activación del orden y de la independencia que le causaba tensiones. Y al rato las cosas volvían a moverse de lugar, las veía caer como polvo en luz, sabía que debía alargar la mano, luchar por la permanencia, pero las cosas caían, les pasaba al lado y otros se encargaban de arreglar.

Jimena por ejemplo, que prácticamente se había adueñado de su departamento, Maruelo dejándola hacer, permitiendo que tuviera una llave, llegaba en su diligencia a tratarlo con la firmeza con la que lavaba los platos, barría o botaba la basura. A él, luego de bañarlo y seleccionarle el traje, lo sentaba en una silla, un café al lado y los cigarrillos, cosa de que no se moviera, no interrumpiera su labor que duraba, o que su próxima visita, cuando, una vez más, luego de su movimiento acusatorio de cabeza, Maruelo los brazos a los lados, como diciendo que no era tanto su culpa como de sus amigos, entraba en acción reclamándole su poco interés, aprecio por sus desvelos.

Él trataba.

A veces, ante su próxima visita, se pasaba horas arreglando el piso, con un detallismo que lo enorgullecía pero que, con el departamento arreglado, los vasos y ceniceros limpios, le dejaba un sabor frío en la boca, de inutilidad, de tiempo perdido y, lentamente, no como protesta sino como afirmación de vida, las cosas iban cambiando de sitio, bailando con él el desarreglo de su cerebro, encajando en éste su orden al revés, que tantas incomodidades le causaba, que algún día enderezaría pero que lo llenaba de una escondida satisfacción.

Desde que había descubierto la muerte, su dualidad se hizo más conflictiva, géminis perturbaba y ponía en paz. Progresivamente, sin embargo, iba ganando la batalla al no exigirse tanto. Es decir, se exigía cada vez más, pero los propósitos pasaban a una categoría de suspensión, a un depósito de futuro desmenuzamiento en el que esperaba el sistema. Y se le ocurría, también, que quizá ése era su sistema, que el proceso era lo que en realidad valía y que el no lograr algo tangible, clasificable, era todo el propósito de la vida. De donde, en los momentos en que descubría la muerte, con la felicitación, se decía que de eso se trataba, de ir acumulando estas verdades como guía atemperadora de sus ambiciones.

Sólo que las ambiciones no cesaban, y dentro y fuera continuaban cruzándolo hasta este momento en que debatía consigo mismo si salir o quedarse a esperar a Jimena. Decidió por lo primero, diciéndose que ella lo esperaría, pensando que alguna urgencia lo había requerido y haciéndose cómoda.

Hoy no sentía deseos de hacer el amor. Al menos, no con Jimena. Para Jimena, pensaba, el amor era un asunto, un acuerdo que tiene sus reglas. Una forma de poner los cuerpos en orden, como se arregla la casa. Le daba la impresión de estar efectuando una labor de higiene: cada caricia, movimiento, como paso necesario para sacarle al cuerpo lo malsano. Por eso —se dijo parándose bruscamente— cuando terminaba, luego de tres gritos y un empujón violento desde abajo, se sentaba en la cama, se daba un golpe en las piernas con las manos abiertas y se paraba a continuar la relación en otro cuarto de la casa, en la sala o en el estudio, puntos de partida para la próxima acción. Y aunque también le molestaba este practicismo que se tomaban con su cuerpo, variante de su trato con sus amigos, Maruelo no hacía nada por variar la situación; su forma de protestar, si protesta era, consistía en alejarse con el mayor disimulo posible, sin herir susceptibilidades, abriendo la puerta sin el menor ruido y saliendo sin perturbar. Así se iba en las fiestas, sin decir hasta luego o adiós, y así se perdía cuando sus amores no marchaban. Sus amantes, llegado el momento, sencillamente no lo veían por ninguna parte. No estaba nunca en su trabajo, en su casa, y los amigos tenían que pensar duro para recordar si estaba o no en la última fiesta. En esa situación Maruelo era como un humo que se sabe está saliendo pero que no llama la atención. Y la del momento iba perdiendo interés, la propia figura de Maruelo desdibujándose en su mente, el tiempo restándole contornos hasta que, en un momento, cuando se encontraba con él, era como si se tratara de un amigo largamente ausente, la chica haciendo memoria del porqué lo había estado buscando.

Y entonces Maruelo volvía a tener una personalidad más definida. Volvía a ser la roca fuerte que era y su presencia era recordada y citada.

Ahora que abría la puerta, uno de esos días calurosos en que se sentía como metido dentro de un cubo de agua tibia, cuando la imagen de Jimena en la cama era demasiado, con las escaleras, descubrió una vez más la muerte.

Pero esta vez, los veintiocho escalones por delante, no hubo felicitación. El sentimiento no fue fugaz. Continuó viéndo-

se desde afuera. Pensó que sólo sería cosa del primer escalón cuando lo fue siguiendo al segundo y al tercero. Entonces, una mano en el pasamano, se dio cuenta que en realidad la escalera estaba formada por un tubo muy oscuro cuya única luz estaba al final, en el fondo.

Pero se daba perfecta cuenta que la claridad venía de la puerta.

Lo importante, entonces, era llegar a esa puerta. Bajar toda la escalera y recibir la luz. Si caía, si resbalaba desde acá, haría el máximo esfuerzo por mirar por la puerta, sentir la claridad, esa luminosidad que ahora, por el escalón seis, le pareció su salvación, en un sentido amplio, no sólo si moría, sino como arreglo de su vida si se salvaba.

En donde tomó cada escalón como si fuera un examen; una prueba que, con sólo pisar con cuidado, como estaba haciendo, le daría, si salía avante, un cambio cualitativo, fundamental, habría llegado al final de su búsqueda, al principio del orden. No apresurarse, pues, no dejarse llevar por los latidos que ya se deberían estar oyendo por toda la casa. Allá abajo, sabría si casarse o no con Jimena, si le convendría seguir en su trabajo o dedicarse a un arte, si debería seguir el tipo de relaciones que llevaba con sus amigos. De algo estaba seguro, pensó por la mitad, si el sentimiento de la muerte era una preparación para el golpe final, si todo no pasaba de ser una vulgar forma de morir, un ataque al corazón, por ejemplo, o un mareo para desclavijarse allá abajo, entonces aprovecharía cada uno de los segundos que le estaban regalando con esta prolongada presencia de la muerte.

Tocar por ejemplo, más el pasamano, como estaba haciendo, raspar los escalones con los zapatos, como estaba haciendo, respirar más profundamente y no parpadear, o parpadear de continuo, como estaba haciendo, para captar cada uno de los fragmentos que tenía que ver con vida, quizá lograr el reencuentro con algún polvo de sus pisadas, con algún aliento que exhaló esta mañana, con algún microbio que se le escapó al subir, sentir cada segundo como ninguno anterior, reponiendo en estos instantes los momentos que dejó vacíos,

las suspensiones del mañana, llenar, llenar antes que, allá abajo, llegara el momento final.

Y sabía, porque la claridad estaba también en su cerebro, que podía dar la vuelta y volver a subir, meterse en el cuarto y esperar a Jimena, hacer un amor sudoroso para luego, al bajar con ella a algún cine o taberna, o a encontrarse con los amigos, sonreírse de su experiencia, sabiendo que jamás la podría contar, porque en realidad no había nada que contar, a lo sumo una dispensión de neurótico de parte de los que escucharían, tal como trataban a los que sufrían de alguna fijación, si, ése era el término, lo había leído, una fijación de tipo patológico que, sin embargo, a diez escalones exactos de la puerta, le hizo percatarse de la corriente mundial, el engranaje del cual formaba parte, su insignificancia e importancia, el juicio, quizá el juicio, el término de su lucidez, corrompida por una intrascendente fijación que cualquier sicólogo hubiera eliminado con sólo veinte billetes de la consulta y que él había prolongado como alguna gracia que le hubieran concedido, como propietario de una exclusividad no duplicada en otro ser humano, a menos que fuera singular como él, porque no la había notado en ninguno de sus amigos, quienes vivían de día en día, sin tropiezos, y quizá presintiendo algo en los momentos de la cama, cuando dormían solos, sus amigos, sus mujeres, el pasado que le robaba tiempo, pensó viendo los siete escalones que le faltaban, los preciosos, preciosos segundos que había perdido volviendo al pasado, sí, lo había comprendido demasiado tarde, fue lo último que pensó cuando la luminosidad se le hizo categórica, sintió crecerle la sangre en el cerebro, abrió la boca, hizo dos movimientos ridículos, creyó distinguir algunas piernas de los pasantes por la puerta, levantó la mano, perdió el equilibrio, y cayó.

Cuando abrió los ojos, Jimena lo miraba como reclamándole esta variante en sus estupideces. Ladeó la cabeza y distinguió a cuatro amigos con vasos, conversando. Con las palabras de Jimena, fueron a su cama y, vasos en alto, trataron de animarlo con chistes. Él entendió que había llegado un médico, que avía diagnosticado un vahido. Cosa corriente, había explicado el médico, tomando en cuenta el calor que hacía y las ro-

pas tan pesadas como las que había usado para salir. Jimena lo seguía regañando con sus movimientos de cabeza y los amigos sonreían. Le hicieron algunas preguntas que no pudo responder y decidieron que era mejor dejarlo solo para que recuperara fuerzas, volviendo a sus sillones y continuando la conversación. Jimena se paró a buscar algo y de repente Maruelo se sintió el hombre más miserable del mundo. Desde esta absurda posición, acostado, posición que, por otra parte, no hacía nada por variar, ya que sabía que podía pararse si quería, se dejaba hacer, se dejaba llevar, sin voluntad para intentar una explicación que, quizá por eso, porque sería escuchada siguiendo el patrón que tan familiar le era, Maruelo empezó a llorar por dentro, en un ataque de autoconmiseración que no le importó, siempre y cuando ellos no se dieran cuenta; y su llanto subcutáneo arreció cuando Jimena le trajo un potaje hirviendo, los amigos se pararon al lado de la cama y le sonrieron, siempre los vasos con licor en las manos.

Pero entonces, cuando aceptó la revelación, cuando Jimena sonrió por lo bien portado que estaba siendo, cuando la poción no le supo mal en lo absoluto, cuando los amigos respiraron aliviados, Maruelo se sintió feliz.

Se sintió feliz.

Se sintió feliz y agradeció las escaleras, la luminosidad y la caída.

Respiró profundamente y sacó su mejor sonrisa.

Sacó su mejor sonrisa.

Su mejor sonrisa, la que ellos esperaban de él, para regresar tranquilos a su conversación, sabiendo que Maruelo estaba allí, que siempre estaría allí, como a ellos les gustaba, mediocre.

ROSA MARÍA BRITTON

ROSA María Britton, (1936), obra: *¿Quién inventó el mambo?* (1986).

APARTAMENTO UNO

¿QUIÉN INVENTÓ EL MAMBO?

—**L**E aseguro, señora, que no estoy vendiendo Biblias ni nada por el estilo. Yo soy el Rey del mambo.

—¿El Rey de qué?

—Del mambo, señora, ¡del mambo!

—¿Y éso qué es?

La mujer mira con sospecha al hombrecito que le ha tocado la puerta, con apremio de amigo. Solamente protestantes y sinvergüenzas se atreven a golpear la puerta de gente decente a las diez de la mañana un sábado, cuando ella se ocupa de hervir la ropa sucia y asolear colchones.

—Es música, señora, música que está arrasando en México, Cuba y ahora aquí en Panamá.

Los ojos detallan el saco que parece pertenecer a alguien mucho más alto, los pantalones amplios, ajustados en el tobillo dándoles aspecto de ropa de harem, la cadena de oro colgada hasta la rodilla, los ojos redondos vivaces y el bigote a lo Fu-Man-Chú. En los pies, zapatos adornados por unas hebillas grandotas y ¡tacones! ¡Dios Santo, tacones!

—¿Qué clase de música es esa?

—Música para bailar, señora. Música con ritmo, y alegría, para menear el cuerpo y olvidar las tristezas, música para todas las edades, para todos los pueblos, ¡música! Música de la mayor, en si menor, do sostenido, blancas, corcheas, fusas... Aquí está todo, señora, permítame una demostración, —le enseña el abultado portafolio que lleva bajo el brazo.

—¡Ah! ¿Es que vende libros de música? Sinceramente no estamos interesados. Mi hija estudia en el Conservatorio Nacional y todos sus libros los compramos en el Almacén Mckay, allá por la Catedral. No creo que la dejen tocar el mambo que

usted ha inventado. En realidad a nosotros solamente nos gusta la música clásica, —lo recalca para estar segura de ser entendida— música de verdad, la de los grandes compositores, Schuman, Bach, Chopin y sobre todo Rachmaninoff. Somos miembros fundadores de la Sociedad Pro-Arte Musical y mi hija asiste a conciertos desde que tenía cinco años. Así que, con su permiso, tengo mucho que hacer.

El hombrecito la detiene con un gesto imperioso, antes de que le tire la puerta en las narices.

—¡No! Tampoco estoy vendiendo libros de música, señora. Permítame presentarme. Mi nombre es Dámaso Pérez Pradoff —una sonrisa ilumina sus ojos redondos que parecen bailar en la cara redonda—. Escuche usted: El martes comienzo un «show» con mi orquesta en el Hotel Internacional por una semana y necesito ensayar unos arreglos, pero en ese lugar, de día, no es posible acercarse a piano. Hay gente en el comedor a todas horas. Me distraen, me piden autógrafos —la fama tiene sus problemas— en fin, no puedo estudiar ni crear. Usted me entiende, ¿verdad, señora? Una persona culta como usted sabe bien que nosotros los artistas de música de verdad necesitamos absoluta tranquilidad. El camarero jefe me informó que él había oído que en esta casa tenían un piano nuevecito, recién traído de Europa, que es el mejor que hay en toda la ciudad y me he atrevido a venir hasta acá a suplicarle que me deje usarlo por unas cuantas mañanas para ensayar. Le pagaré bien, le aseguro, —añade al ver la cara de asombro de la mujer.

Isabel no ha conocido a nadie que se vista así, con esa cadena largota y los pantalones de pachuco; solamente los ha visto en las películas mejicanas que dan en el «Variedades» y tiene la vaga impresión de que todos son maleantes o por lo menos, marihuaneros.

—Bueno, es que... no sé qué decirle, señor Pradoff, francamente no podría... no sé...

—Cinco dólares por día señora, por tres horas de uso.

—No es el dinero, comprenda usted, pero no lo conozco y no sé si mi esposo estaría de acuerdo. ¿Cómo es que dice que se llama, Pérez Pradoff? ¡Qué nombre más raro!

—Nada tiene de raro, señora. Es el nombre de un compositor que ya es famoso en otras latitudes y muy pronto lo será en este bello país si solamente me da una oportunidad de practicar en su piano.

Habla y gesticula y se empina en los tacones y hasta se persigna con un enorme crucifijo que le cuelga de una gruesa cadena de plata en medio del pecho; eí gesto la impresiona; después de todo, un individuo capaz de adornarse con una cruz de Obispo no puede ser un maleante y acaba por acceder a su petición, aunque siempre le queda cierta desconfianza hacia el desconocido. Lo deja pasar y se arrepiente en seguida, pero es demasiado tarde. El hombrecito se apodera del piano, con un deseo que no deja lugar a dudas de su apremio en ensayar el mambo. Abre la tapa que se desliza con facilidad y con una mano acaricia las teclas, asegurándose de paso que todas están a tono; para arriba y para abajo, dos o tres veces, los dedos se encaraman por las negras con una agilidad asombrosa, como el niño que encuentra su juguete favorito: Sol, acorde, escala, trino. Satisfecho, se quita la levita, acomoda los papeles y con el lápiz detrás de la oreja comienza su trabajo, sin darse por enterado del asombro de doña Isabel, que desde una esquina de la sala procura asegurarse de que es ella la propietaria de tan divino instrumento...

—Y por favor, señor Pradoff, ni se le ocurra poner nada húmedo sobre la tapa; es un mueble muy fino, traído especialmente de Nueva York para mi hija, que algún día será una gran pianista y no de mambos, puedo asegurarle.

Pero el otro, ensimismado en su música no le hace el menor caso y la mujer termina por retirarse a la cocina de mala gana, no sin antes advertirle a la empleada que no le quite el ojo de encima al señor Pradoff, porque no está segura de sus intenciones.

Es sábado por la mañana: En el patio, los chiquillos juegan, celebrando el día de asueto, las mujeres lavan la ropa de la semana y asolean colchones manchados de orín por los muelles del bastidor. Los del cinco duermen, porque la fiesta de anoche se prolongó hasta la madrugada; un radio en el vecindario toca a todo volumen el «swing» de moda, en la aveni-

da los buses pasan a gran velocidad arrastrando el polvo de un verano seco.

El sonido empieza a elevarse poco a poco, entre vacilaciones y acordes sin consecuencia, como un llanto quebrado, indeciso, opaco.

¿Y a éso le llaman ahora música? —piensa la mujer en la cocina todavía molesta por su momento de debilidad.

Busca y rebusca armonía, la tonalidad exacta, el lápiz ágil dibuja y borra garabatos negros en el pentagrama, qué crece y engorda, irritando a los del cinco que se han levantado con un tremendo dolor de cabeza, porque la juma les dura.

—¿Ya comenzó la flaca a machacar el piano? No hay derecho...

En la cocina, la mujer reza entre dientes para que el marido no regrese temprano, porque está segura de su enojo al encontrar al hombrecito compositor, rey de esa música detestable, aporreando el piano de su hija que tanto dinero le costó traer desde Nueva York. En la sala, la búsqueda cesa. Cerrando los ojos, el compositor se estira, abre y cierra los dedos con regocijo y ataca el teclado con el brío reservado para las grandes funciones. Fluye el ritmo y el sonido que se cuele por la puerta despertando a los perros que dormitan al sol. Los del cinco, negociando un café con manos temblorosas se asombran que la flaca tenga tamaña energía, pero al segundo compás se dan cuenta de que tiene que ser otro el pianista. Los chiquillos en el patio, dejan de jugar a la rueda, los buses detienen su marcha veloz y hasta el «swing», vencido, retira sus sonidos al otro lado del Canal.

¿Quién inventó el mambo que me provoca?

La gente se acoda en las ventanas y los balcones se llenan de oídos temblorosos y pies que cosquillean por encontrar pareja. En la cocina, doña Isabel escucha mientras le implora a Bach en silencio que la proteja de la tentación que el sonido levanta en su cuerpo. La ducña del piano llega sudorosa, interrumpido el juego, con ojos de asombro que recogen la imagen del pianista. Parado, baila y mueve el cuerpo al compás de la música alucinante, que sus dedos arrancan del piano, apo-

yándose en el pedal, a veces con delicadeza y otras con fuerza, mientras su figura se agiganta en cada nota.

...que a las mujeres las vuelve locas.

—«La postura correcta para tocar el piano es con el torso erecto, los codos ligeramente alzados, los dedos curvos, la cabeza fija en el pentagrama y la punta del pie derecho sobre el pedal», —recuerda las palabras de la maestra enseñando a tocar las aburridas sonatinas que en nada se parecen a esta maravillosa cascada de sonidos que levanta el hombrecito de pie frente al instrumento con los dedos estirados, listos para atacar las teclas.

Termina el ensayo y se despide cortés, ofreciendo el pago que Isabel rechaza.

—Se trata de un artista, aunque sospecho que no muy bueno. Sabes, Camilo, no te enojés, pero regresa mañana. Si, ya sé que es domingo, pero me rogó tanto y además lo mandó el dueño del Hotel. Es por culpa del piano nuevo, todo el mundo está hablando de eso, dicen que fue una extravagancia comprar un instrumento tan caró y con la guerra acabadita de pasar. Yo sé que somos la envidia de gente que no tiene la menor educación ni sabe nada de música. El señor Pradoff sólo estará aquí una semana y no creo que venga todos los días; no te preocupes que lo vigilaré de cerca para que no se lleve nada. No estoy segura si es cubano o qué, pero se viste muy raro, como en las películas mejicanas y hasta usa tacones. ¡Dios nos ampare, a lo que está llegando el mundo!

Y regresa al día siguiente acompañado de otro que como él, parece extraído de una cinta de celuloide y ese empuña la trompeta y se disculpa diez veces antes de entrar, sin darse por aludido del malhumor de la dueña de la casa que le recuerda al pianista que su negocio es con uno solamente, ya totalmente arrepentida de su generosidad. El hombrecito habla y gesticula rodando los ojos redondos en su cara redonda y termina por convencerla una vez más.

El vecindario está alerta pero no deja de sorprenderse del sonido de los dos instrumentos que se disputan el ritmo con un desdoblamiento de acordes que acaba por vencer la timidez de la gente que en los balcones y el patio, baila sin importarles el

bochorno del mediodía. La rosacruz del tres cierra las ventanas de su apartamento murmurando vagas amenazas en contra de los que así se atreven a perturbar la paz del domingo dedicado a la búsqueda de vibraciones especiales del psiquis.

Los ágiles dedos recorren el marfil y el pie acaricia el pedal; los labios gruesos del trompetista soplan el metal, saturando el ambiente de notas y la avenida se llena de gente que estira el pescuezo para ver a través de las ventanas al rey de la armonía y el ritmo. En el apartamento de los Bermúdez la gente se cuele por todas las puertas, ansiosa de conocer a los artistas que se menean casi tanto como los bailarines.

—O terminan pronto o los boto de aquí —protesta el señor Camilo, sordo a la melodía por su carácter agrio.

—Le agradezco, señora, el favor que nos ha hecho. Completamos el trabajo y no tenemos necesidad de regresar. Espero que no haya sido mucha molestia y quiero verla con su familia en mi show. Si se identifica en la puerta tendré el placer de ofrecerle una mesa en «ringside» el martes, día del estreno.

—Muchas gracias señor Pradoff le agradezco su invitación, pero nos será imposible asistir. Esa noche hay un concierto en el Teatro Nacional de un pianista polaco que interpretará los preludios de Rachmaninoff y como usted comprenderá...

Los ojos de la niña se humedecen de tristeza y sentada al piano, le dice adiós al rey del mambo con una temblorosa sonatina.

PEDRO RIVERA

PEDRO Rivera, (1939), obra: *Pecata Minuta* (1970) y *Las huellas de mis pasos* (1994).

KNOCKOUT

PRIMER ASALTO. Ahí está la campana. «Calma, calma», eso dijo. Es verdad, sin apuro, primero el jab y ver lo que trae, lento, lentamente, descifrar su estilo, no es tan difícil, no tanto. Se enrosca como una culebra, las manos adelante, juntas, se piensa impenetrable el putito. Epa, epa, ojo a la derecha, si me lo dijo. Además, todos lo dicen: «tiene una derecha de miedo, la suelta por encima del hombro». Mejor resulta mantener la distancia, mucho mejor. Japearlo así, de seguido, así de lejos, sin coger chance. Oh, también japea sobre mi ojo, cabroncito. Pero no es nada, rutina; sólo su derecha me preocupa porque la suelta sin aviso, como dicen, sólida, de verdad. Buen golpe el suyo y el mío también, de uper. Me sorprendió. *Mamá, mira mi velocidad, en la punta de los pies, ¿te fijaste? Seré bueno, Un Sugar Ray Robinson, mamá. Te gusta?, un Joe Lois, ¿ves? No mamá, déjame, la mecánica no da plata, te lo digo. ¿Sastre? Estás loca, eso es para mujeres. ¿Coser? Con los puños es más rápido, tendrás carro, casa. ¿No quieres casa? Pero, si no me gusta estudiar. Vaya, vaya, viene con ganas de cocinarme el hígado, el muy vivo. Campeoncito, no te apures, cógelo suave, suavidad mani, ya veremos quien es quien, ya veras.*

INTERMEDIO. Y vuelve con la cantaleta de la distancia. Si, lo veo, está ansioso. Claro, me conviene la distancia corta, estar encima de él, acorralarlo en una esquina, en el clinch. No, no me olvido de su derecha, ¿cómo voy a olvidarla, hombre? Está bien, está bien, tiene los remos largos, pero si me acerco me mata. ¿No lo cree? Esa toalla está demasiado áspera, coño. Espera, déjame respirar, coger un poco de aire, ya viene la campana.

SEGUNDO ASALTO. El jab de nuevo, me emputa. No duele nada, pero molesta. Necio como un zagaño, pegajoso. Mira eso, hacia adelante y hacia atrás, no es baile, niño. *¿Eso es lo que me toca? ¿Esa es mi parte? No, no me conformo. ¿Para qué voy a ver los libros? No entiendo nada. No me diga eso, no me diga campeón, no adule. Claro que gana bastante. Es mentira, en publicidad no se gasta ni una mierda, lo sé. Los sparring cobran una miseria. Trabajan gratis, coño. ¿Viáticos? Use su propia plata, tiene un buen porcentaje, no use la mía, me deja, en la calle. Eso no esta en el contrato. Claro, sé leer. Esa parté la agregó después, me acuerdo, cuando le pedí un adelanto. ¿Como voy a quejarme a la Comisión si todos son sus amigos? Tiene huevo. No se está quieto, no deja de moverse, de bailar. Mejor lo llevo a las cuerdas, así. Coge esa, campeoncito. Suelta. Árbitro, mire nomás como cabecea. Suelta. ¿Como dices? ¿De gancho? Pero, si no se deja. Escurridizo el puto, como jabón. No insultes; sube, acá arriba las cosas son distintas. Yo soy el que se faja, el que aguanta los golpes. *No haga publicidad, pues. Despida a los entrenadores, no los necesito. De ahora en adelante, nada de taxis. Deme lo que va a darme y punto. Eso, ni para la semana, le digo.* Campeoncito, estás enamorado de mi hígado. Vaya, metes bien el bolo, lo metes bien, a la descuidada. Un dos, buena combinacion, lo vieron, de one two; oíste mamá, no apagues la radio. Lo soné Margara, en pleno carón, ¿qué se ha creído? Coño, me pilló. Vaya, otra vez. Espera, campeoncito, me cabreas.*

INTERMEDIO. Pero, si no me zurra nada, loco. Claro, como tú mismo dices, lo busco adentro, en el cuerpo a cuerpo, acorto la distancia, subo las manos así, así, ¿lo ves?, bloqueando y adentro, siempre. Te equivocas, no es ningún congo, no se crece a mi costilla, te juro. No ves nada. Cambia esa toalla, raspa de sucia. No he dejado de seguir esa derecha, no la pierdo de vista. ¿La derecha? Que la suelte, pues. A ver si puede. Ya salgo, ya.

TERCER ASALTO. Está bueno con el público; cabrean con eso de arriba Bebi, la derecha Bebi, el boloponch Bebi, máta-lo. ¿Yo, cobarde? No le tengo miedo, carajo. ¿Tú plata? La ma-

dre que te parió, hombre. Ahora sí, con ambas manos. Y dale con el acábalo, como si fuera fácil, soquete. Ven acá, como si me fajara con un paquete. Es duro sostenerse cuando le han zurrado a uno en la quijada, de veras. Es mejor amarrarse, empujarlo a las cuerdas, así. Clinch, brother, ven acá, espera un poco, no sueltes. Aire, manito. Campeón, dame tiempo, ¿no? Un minuto, te haré verá tu abuela, hediondo; ¿No quieres ver a tu abuelita? Sube la mano, coño. Conque de nuevo el uper, y el gancho. ¿Cómo lo hace? Tanta bulla por tan poca cosa; lo ven, mi derecha es buena, vaya si lo vieron, clarito, en toda la face. Hey, golpe bajo. Árbitro, así no. Ojo buaicito, estás vendido, oblígalo a subir las manos, no respondo. ¿Cómo dices? ¿Abajo y arriba? ¿Quién lo entiende? Estás gufi, deja las señas a un lado, chico, sólo tengo dos manos, ajo. Vaya, la campana.

INTERMEDIO. Ya no es como antes, viejo. Masájame la espalda, duro. Antes, ayer no mas era joven, había que ver. ¿Te acuerdas? *Gancho abajo, la misma mano arriba, de Sorpresa, a la cara, en la punta de los pies. De lo que traes llevas, manito. Sangre, entonces a buscarlo. Eso, por todo el ring, para el decisivo. Todo bien pensado, con la derecha, sin miedo, como tiene que ser. Al suelo. Uno, dos, tres, vaya. Hasta diez, hasta cien, la mano arriba, los aplausos. ¿Cómo? Ah, si, la campana.*

CUARTO ASALTO. Vamos campeoncito, aporrea; eso, eso. *No mijo, yo no quiero que seas boxeador. ¿Zurraste a Betito? No lo vuelvas a hacer; es tu amiguito. Coge ese nickel y cómprate un cuaderno. Mira mi cara, está fea, cortada, ñata. Anda, ve a la escuela. No, no irás al gimnasio, mejor estudia, busca profesión, mijo, buen swing, estudia mecánica, aguanta brother, o sastrería, aguanta esa mano, campeoncito, te rinde más cuenta, porque me falta aire, te lo digo yo, mijo, la experiencia, aire la plata es para otros, apoderados, entrenadores, queridas, tú sabes. Deja ese jab pendejo, mosca, te zurren de lo lindo, quita, y ellos cobran toda la plata, toman tragos, salen con mujeres, hasta cuándo campeoncito, hasta cuándo.*

INTERMEDIO. ¿Cómo voy a salir de las cuerdas? Aparta ese amoníaco, coño. Un golpe, sí, lo sé. No lo repitas. Un sólo golpe, sino estoy frito, ¿verdad? No me importa un carajo con mister White, que se muera de rabia ojalá. Mentira no ha invertido un coño. No hombre, no estoy dormido. Dame el protector. No seas cabrón, tiras las toallas y te mato. Te mato, lo oyes, que si qué.

QUINTO ASALTO. Mierda, me dio duro. La metió por arriba, la derecha, ya lo decía. No te suelto, vergajo. Piensas que voy a dejarme caer. *No quiero estudiar eso, sastrería.* Como tires la toalla, te mato, *mirón mirón*, pronto me levanto, *estudia mecánica mijo*, me levanto, ves, *no gaste en publicidad*, mister White. ¿Por dónde va la cuenta? ¿Cuatro? Huele raro aquí. *Si, Margara, estás preñada; le pondrás Pedro y no será boxeador.* ¿Seis? *Pellín, tome el purgante.* Ajá, siete, ya me levanto. *Pellín, los hombres no juegan con muñecas* ¿Ocho?, ya, ya. *Te compré un carrito mijo, de cuerda.* Puta, nueve; cuentas muy rápido, cabrón. ¿Diez? *Te hice un hijo, Margara, te preñé.* ¿Qué me levante? No me digas pendejo, no.

DIMAS LIDIO PITTÍ

DIMAS Lidio Pittí, (1941), obra: *Los caballos estornudan en la lluvia* (1978).

LOS CABALLOS ESTORNUDAN EN LA LLUVIA

ERA un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque lo he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el zinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como éste; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosnas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están, agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en un sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que sólo recibe luz por las junturas de las tablas, debido a que la única ventana ha sido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. El aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectos, y su mano comunica (intenta darle) confianza y alivio al cuerpo desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano quiere decir algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente y sigue murmurando palabras que sólo ella conoce: las mismas que ha repetido duran-

te años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana una plegaria porque todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tablilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde ésta; los dolores son cada vez más seguidos. Bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y acaricia su cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos. Antes de que lo termine un quejido profundo la levanta. Deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goyal! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice Tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua?, pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sabanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce; y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resecos, como si tuviera fiebre. Le pasó un pañuelo por la frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos. Tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con agua de linaza y le dio un sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó

atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de zinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluidas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podía ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital?, se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de Tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras y los árboles, fantasmas y la mañana, una extensión algodonada, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella sólo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjugaba la frente y le decía: no tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que

la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó la primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo. Doscientos metros más allá, rodeada de naranjos y otros árboles frutales, con un gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluidos su padre y dos hermanos (Emilia de parto y Félix desangrado en el camino del Río Piedras, después de haber sido cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz afónica. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza. Intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: no, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La Tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no pudo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que aquello acabara pronto. Después se cubrió la cabeza con un

costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la soga mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a San Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el nido que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Puso la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste?, preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que no se resecaran, y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otoes; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvió las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra, también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor?, preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal del arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía en sueños. El viento había disminuido y la lluvia había arreciado. Las gotas golpeaban el zinc con fuerza. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerzas a la mujer. Recordó sus propios partos y los de algunas de las mujeres a las que había asistido. Había

ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer ni los dos que habían muerto dentro de sus madres. Algunos eran sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decía madrina y el día de la madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veía a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí misma recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana. En casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de La Acequia y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Sole que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta muy poco, dijo. Sí (volvió a pensar en los partos primerizos), es verdad lo que dicen algunos: sólo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela. Dile que todavía no ha habido nada, pero que ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maizena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de ésta ya difunta, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzos y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la noche del martes, precisó la

abuela. No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maizena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca en la manga de la camisa. La abuela tomó la totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió éste; saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja al nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya, Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi un grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó: Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya serían cuatro. Pero faltaría el relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá no sea menester llevarla, pensó y caminó hasta un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La Tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero era casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la Tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena Tía Nena: a ella la había traído al mundo y a

Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la Tía, pero no pudo sonreír porque un espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón, lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela entró. ¿Traigo el agua ya? No, respondió Tía Nena, pero tenla lista; de un momento a otro será la cosa y debe estar bien caliente. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de ésta extrajo una botella de bayrum y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón. Esto es bueno para la criatura, dijo. Tía Nena asintió en silencio y regresó junto a mi madre. Ahora sí, hijita, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la Tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó Tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a San Antonio. El abuelo tuvo un acceso de tos y al acabar escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podía perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. En el portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela.

La lluvia disminuyó y algunas de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y éstos corrieron detrás y alrededor de la madre hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y cuando las propias gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolvió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete: antes de mediodía deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los tizones. En el cuarto se oía a Tía Nena hablándole a Ninfa. La abuela recordó cómo había sufrido al darla a luz: la niña era grande y estaba demasiado gorda; ella tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acababa. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba a las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: si no quiere que las gallinas ensucien, hágales un excusado, pues. Imaginó la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al Tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés. Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mamá Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada, y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy tes-

tarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el número dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y con ancas de avispa, que descifraba el destino con la baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de ese capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno sólo había tomado café. Se sirvió una totuma de maizena y la bebió a grandes sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduzcas y difusas. La perra levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángele, el esposo de tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero éste siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oírse. El abuelo dijo: ¿Dónde estaría Isidoro?; creo que él fue el que llegó a donde Mime. Quién sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprarle el cerco que era del difunto Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la silleta, pero ya no di-

bujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que sucedía en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en que abuela tuvo a Ninfa. El había querido estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándole en el cuerpo. Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas. Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el Tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo?, decía cuando le tocaban el tema; allá sólo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar donde nací; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A primera noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno sólo puede ver una de sus orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en ellas también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario hasta que éste ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya gran-

de, quiso ir al mar a buscar pescado para la cuaresma, pero el Tata Juan lo disuadió. En el mar hay muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de eso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del Tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guió hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuela lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo sólo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto. La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió en silencio y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su

cara. Después contempló la imagen de San Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: las quebradas deben estar muy crecidas. El aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atizó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiere el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando éste aún estaba lejos. Debe venir por el Camino Oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego el chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firme en el cascajo de la pendiente opuesta; después percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al portal, de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué?, preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar maizena. Milton condujo la yegua hasta el portallito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y los aparejos de carga. Dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maizena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maizena y bebió sin res-

pirar. ¿Cómo ha seguido Ninfa?, preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios. La comida está ya; ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maizena. ¿Riche no te dijo nada de la cuenta?, preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de unas novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. ¿El domingo que estuviste en el Jaguita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el zinc ahogaban las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino aún era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al Tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba muerto; y ni aunque hubiera estado vivo habría podido hacerlo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis

hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas; no, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote: ni en las proximidades de la muerte cambió el Tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted?, preguntó. Un poco mejor; ¿cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe?, preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron callados. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y a algún otro; quizá Chángele pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, estás muy chico, dijo el abuelo; sólo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles?, preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno. Tenía el buche tibio y lleno. La gallina cloqueó y quiso picar a Milton; éste la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó a la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida?, preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre. ¿Y tú?, preguntó a Milton. Tampoco quiero todavía. Hoy nadie tiene hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton!, llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta?, preguntó en

voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Este sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infusión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por la tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nubes iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde anteayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscara o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora, ¿cuándo, Dios, cuándo?, nacería. Tía Nena decía: no te desespere y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir sus indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba sólo en el vientre porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la Tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de

ocurrir. Tengo sed, dijo; no puedo más. Espera, dijo tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: viene Faustino. Ya lo había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien? preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambrada y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mal?, preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maizena?, preguntó la abuela. Maizena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo?, preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a San Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojó los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueando a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa. La lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar mañana, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua!, gritó tía Nena. La abuela y Faustino dejaron en el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la Tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio

y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habrá que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de San Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente no había cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el zinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo februno y a Milton. La familia está creciendo, comentó luego. Sí, dijo Milton. Y, sin decir más nada, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.

ENRIQUE JARAMILLO LEVY

ENRIQUE Jaramillo Levy, (1944), obra: *Catalepsis* (1965), *Duplicaciones* (1973), *El búho que dejó de latir* (1974), *Renuncia al tiempo* (1975) y *Ahora que soy él* (1985).

LA FIGURA

*Los inválidos, los deformes, nos turban
espiritualmente porque son la prefiguración
de una de nuestras posibilidades:*

SALVADOR ELIZONDO,
en *Cuaderno de Escritura*.

ESTUVO pendiente, de una manera casi visceral, del repiqueteo leve de la lluvia sobre el vidrio, hasta que la figura del Alma adquirió una textura tan real que hubiese podido extender la mano y palparla como si en lugar de ser una alucinación, ella estuviera realmente allí, de pie frente a su silla de ruedas, al igual que otras noches de lluvia, mirándolo fumar distraídamente su pipa.

El cabello negro de la muchacha despedía siempre un nítido olor a violetas que él aspiraba fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir a pesar de su esfuerzo por no cambiar la dirección de la mirada, fija en los goterones que escurrían por el cristal. El sonido peculiar de esa lluvia interminable de los trópicos lograba amplificarse entonces de tal forma en su cerebro a fuerza de concentración, que las palabras que Alma pronunciaba por distraerlo un poco no llegaban a ser más que vagos murmullos.

Y no obstante esa actitud suya, ella insistía en quedarse acompañándolo hasta que lo vencía el sueño y dejaba de oír la lluvia y las palabras con la cabeza doblada sobre el pecho. En seguida evocaba las veces que corría alegremente tras Alma en una playa solitaria hasta que le daba alcance y caía jadeante sobre aquella risa que estallaba contagiándolo. Pero escenas como ésa no duraban porque de pronto un grupo de estudiantes de la edad de Alma se la arrancan de los brazos y comien-

zan a patearlo en el suelo gritándole viejo sátiro. Al despertar lleno de angustia ya ella se había marchado.

Enrique tenía ahora la impresión de oír otra vez su voz a través del chocar intermitente del agua contra ese cristal empañado que no le dejaba ver el jardín que Alma atendía antes con tanto esmero cuando él quedó inválido por la enfermedad. La sensación de aquella presencia se hizo más rotunda cuando dejó de estar atento a la lluvia y comprobó que dentro de su cabeza se estaban articulando, efectivamente, palabras ajenas a su voluntad, y que a pocos metros de la silla de ruedas una silueta, que él había ubicado sólo en su imaginación, comenzaba a materializarse.

«Te dije una vez que siempre estaría aquí para cuidarte», comprendió que decía la voz en su cerebro. «Fue un accidente. No tuviste la culpa».

Cuando Alma era un cuerpo hermoso del que no quedaba parte alguna por explorar, no había tenido jamás la realidad obsesiva de esta figura que ahora le permitía ver, con una claridad que perdiera horas atrás el vidrio, las cosas que permanecían al fondo del cuarto. Así pudo distinguir, directamente detrás de la silueta, la mecedora donde él solía balancearse con Alma sentada en sus rodillas, complaciente. Y viendo cómo cumplía ahora la promesa de estar siempre a su lado, tuvo ganas de hacer girar las ruedas hasta quedar junto a ella y decirle: «Siéntate como antes en mis piernas, chiquilla mía!»

No lo hizo porque Alma estaba muerta y él pensaba que esa presencia no era más que otra señal de su demoledora tristeza. Entonces escuchó nuevamente, como si fuera la confirmación deseada, una coherencia de palabras que cobraron significación inmediata en su cabeza: «Estoy contigo, Enrique... No lo estás imaginando».

El olor a violetas se intensificó en seguida y Enrique no pudo resistir la tentación de tratar de palpar aquella figura que no dejaba que sus ojos se detuvieran en ella. Si Alma estaba allí, si había vuelto asegurándole que él no tuvo la culpa, sólo podía ser porque la pobre ignoraba realmente la fuerza asesina que los celos lograron engendrar en su ánimo después de verse condenado a una invalidez permanente. No le bastó des-

pués con los cuidados de la muchacha, con las noches de lluvia que permaneció a su lado. El sabía que por las tardes se iba de paseo al campo con chicos de su edad, que las faldas cortas y las blusas apretadas ya no eran para él. Y por eso la había hecho rodar por las escaleras en un momento de ira, por eso se acercaba ahora a esta presencia que milagrosamente regresaba a él para cuidarlo. Tenía que decirle la verdad, pedirle perdón abrazado a su cintura. Ya no soportaba más la culpa.

Por más que dirigía la silla hacia la figura de Alma, no alcanzaba a disminuir los pocos metros que lo habían separado de ella desde el principio. Aunque no percibía ya palabras articulándose en el cerebro, continuaba recibiendo el fuerte olor a violetas que provenía de aquel cabello negro que era lo único conciso en el rielar incansable de la silueta.

Quiso acabar con las dudas que otra vez agujijoneaban su empeño y, para probarse que no estaba imaginando cosas, aceleró súbitamente el movimiento de sus manos sobre las ruedas en un afanoso intento de apresar la aparición antes de que se esfumara.

Penetró en la oscuridad y allí quedó, frenético en su silla, dando vueltas y más vueltas con los brazos extendidos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
DARÍO HERRERA	
La nueva Leda	13
ROGELIO SINÁN	
La boina roja.....	21
MANUEL FERRER VALDÉZ	
Los alacranes	45
CÉSAR A. CANDANEDO	
El cerquero	51
JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ BORBÓN	
La muerte de Nicanor.....	73
MARIO AUGUSTO RODRÍGUEZ	
Sequía.....	81
RAMÓN H. JURADO	
Herenia, la lejana	91
CARLOS FRANCISCO CHANGMARÍN	
Seis madres	99
BORIS ZACHRISSON	
«El arete»	125



Esta abarcadora antología del cuento en Panamá constituye un auténtico panorama de la evolución que ese género experimentó entre el costumbrismo inicial y las atrevidas búsquedas del vanguardismo actual.

Franz García de Paredes, profesor de la Universidad de Panamá, ha organizado una selección por tendencias, de los cuentistas más destacados desde el nacimiento de la república hasta hoy.